

Subjetivación y Guerra: Marx y Foucault*

Éric Alliez y Maurizio Lazzarato

Traducción: Nahuel Orquera

Hoy releemos *El Capital* bajo la coyuntura teórica de las lecturas más heréticas. Las mismas nos llevan y traen entre los libros segundo y tercero, los *Grundrisse* [Elementos fundamentales para la crítica de la economía política], el capítulo VI *inédito*¹, disponible solamente a partir de la década del 60.

Más aún, releemos *El Capital* después de la “revolución imposible de 1968” (imposible en su gramática mayoritariamente marxista-leninista) y la contrarrevolución neoliberal que le siguió bajo el mando del capital financiero y en el contexto de una globalización financiera que intensifica todos los procesos de reproducción capitalista degradando de tal forma lo que una vez se denominó “capitalismo tardío” que lo conduce a las “etapas posteriores” de un “capitalismo temprano”². Podemos, por otro lado, experimentar el libro primero de *El Capital*, como un “extraño” y “único” *locus solus*: a saber, el de la trayectoria única y exclusiva que reterritorializa al lector del libro primero de *El Capital*, desde la exposición dialéctica de la maquinaria autotélica del capital hasta la “cuestión de hecho” [*matter of fact*] de que el capitalismo es un concepto en la medida en que es un complejo histórico a escala mundial: el capitalismo como concepto mundial. Así, “ese proceso tiene necesariamente que iniciarse en algún lugar y en algún momento”³ -de lo contrario el dinero no podría haberse convertido en capital en el “círculo interminable” de un ilusorio y blando poder liberal, apoyado en los conceptos entrelazados de “intercambio” y “contrato” como bases del mercado en tanto equivalencia, igualdad, teoría del equilibrio, precio justo, etc. Si la crítica de la economía política muestra precisamente que el capital constituye “*las cadenas de oro que el asalariado se ha forjado ya para sí mismo*”⁴, el curso particular tomado por el análisis tiene que forzar “la escisión del objeto” [investigado], y “esto”, insiste Marx, “*corresponde también al espíritu de producción capitalista*”⁵.

* Traducción de Alliez, É. Lazzarato, M. (2019), Subjectivation and War, en Peter Osborne, Éric Alliez y Eric-John Russel (Eds.), *Capitalism: concept, idea, image. Aspects of Marx's Capital Today* (pp. 184-202), CRMEP Books. Disponible en:

<https://www.cpalsocial.org/documentos/736.pdf>

¹ N. de E.: Los autores refieren al cuaderno titulado por Marx, *Erstes Buch. Der Produktionsprozess des Kapitals. Sechstes Kapitel. Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses* [Libro primero. El proceso de producción del capital. Capítulo sexto. Resultados del proceso inmediato de producción], forma parte del conjunto de los materiales preparatorios de *El capital*. Fue redactado en el período transcurrido entre junio de 1863 y diciembre de 1866. Disponible en: http://ecopol.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/202/2013/09/Marx_Cap%C3%ADtulo-VI-in%C3%A9dito.pdf

² Peter Osborne, *How to read Marx*, Granta Books, 2005, p. 2.

³ Karl Marx, *El Capital. El proceso de producción del capital* [1867], Libro primero, vol. II, cap. XXI, “Reproducción simple”, Trad. y notas Pedro Scaron, Siglo XXI, Madrid, 2009, p. 699.

⁴ *Ibid.*, vol. III, cap. XXIII, p. 767.

⁵ *Ibid.*, vol. II, cap. XI, p. 395.

La Fuerza (*Gewalt*⁶) es en sí misma un poder económico

En este mismo espíritu se afirma que la producción capitalista no solo produce mercancía y plusvalía, sino que también reproduce continuamente las relaciones sociales de producción en sí mismas. El trabajador no solo es reproducido, sino que es, en primer lugar, producido en una etapa de subsunción⁷ real, incluido el “ejército industrial de reserva”, esa población “*cuya miseria está en razón inversa a la tortura de su trabajo.*”⁸. Y esta última aumenta con la energía potencial de la riqueza precipitando la “ley general, absoluta, de la acumulación capitalista”, según la cual “*a medida que se acumula el capital, empeora a la situación del obrero, sea cual fuere su remuneración.*”⁹ Entonces, si el progreso produce una destitución de la riqueza y una verdadera miseria, si la maquinaria es la respuesta capitalista a la huelga y a mejores salarios que aumenta la explotación absoluta y relativa, la dominación extensa e intensiva, el conjunto del libro primero de *El Capital* sobre la forma-mercancía y su “*coqueteo con Hegel*”¹⁰, de alguna manera, se encuentra arrastrado de manera histórica y violenta hacia la última parte sobre “la llamada acumulación originaria”, concluyendo con “La teoría moderna de la colonización”. Para abreviar una larga historia, cien años después de la lectura realizada por Rosa Luxemburgo de *El Capital*, hemos pagado el precio de entender que, tanto en el centro como en la periferia, la llamada acumulación originaria es de hecho la continua creación del propio capitalismo: detrás de la extrema sofisticación matemática de las finanzas y la globalización financiera, siempre está la “*laya de bancócratas, financistas, rentistas, corredores, stock-jobbers [bolsistas] y tiburones de la bolsa.*”¹¹, descritos por Marx en el contexto más “originario” en tanto verdad del mercado mundial. No es casualidad, entonces, que Marx finalmente presente aquí -en lo que Jameson todavía insiste en considerar como un “tipo de coda musical” (“La historia como coda”)¹²-, la combinación sistemática propiamente capitalista que incluye “las colonias, la deuda nacional [asociada con el sistema internacional de crédito y las sociedades por acciones], el sistema fiscal moderno y el sistema de protección [de las industrias nacionales]”. “Estos métodos”, escribe Marx, “*como por ejemplo el sistema colonial, se fundan en parte sobre la fuerza más brutal. Pero todos ellos recurren al poder del estado, a la fuerza organizada*

⁶ N. de T.: *Gewalt* en alemán refiere tanto a poder como a violencia, Marx lo utiliza en uno y otro sentido según el contexto. En inglés admite su traducción como *violencia, fuerza o poder*. Los autores utilizan el término *force* el cual mantenemos traducido como *fuerza* salvo cuando refieren explícitamente a sus otras acepciones. Sin embargo, en la traducción al español de la expresión que es retomada en este subtítulo, aparece como “violencia”. Cf. K. Marx, *El Capital*, Libro primero, vol. III, op. cit., p. 940.

⁷ N. de T.: La traducción de *Subsumtion, subsumieren* -sustantivo y verbo de origen latino que paradójicamente existen como términos técnicos en alemán e inglés, pero no en las lenguas romances- plantea dificultades por tener una acepción doble: *Subsumtion* es por una parte subordinación (Marx, en algunos casos, en lugar de *Subsumtion* habla de *Unterordnung* -subordinación- del trabajo en o bajo el capital) pero por otra parte tiene el mismo sentido que en lógica el término castellano inclusión.

⁸ K. Marx, *El Capital*, libro primero, vol. III, op. cit., cap. XXIII, p. 803.

⁹ *Ibid.*, vol. III, cap. XXIII, p. 805.

¹⁰ N. de E.: cf. K. Marx, *El Capital*, Libro primero, vol. I, op. cit., p. 20.

¹¹ *Ibid.* vol. III, cap. XXIV. 6, op. cit., p. 945.

¹² Fredric Jameson, *Representing Capital: A Commentary on Volume One*, ch. 3, “History as Coda”, 2011, Verso, p. 74. En español: *Representar el Capital. Una lectura del tomo I*, FCE, Bs. As., 2013.

y concentrada de la sociedad... La fuerza [Gewalt]... es en sí misma un poder económico.”¹³

Tampoco fue casualidad que Foucault encontrara en los procedimientos del libro primero de *El Capital* el principio mismo de una doble colonización: la colonización interna de Europa y la colonización externa de América, que se refuerzan mutuamente y definen conjuntamente la economía mundial, con una “especie de efecto de búmeran de la práctica colonial sobre las estructuras jurídico-políticas de Occidente”¹⁴. No obstante, también entendemos que si la genealogía de las técnicas de disciplinamiento y de biopoder se remonta al “inicio” de la acumulación originaria, entonces, de la misma manera, la historia, el funcionamiento y las sucesivas transformaciones biopolíticas de estos dispositivos de poder, no pueden ser separados de la guerra en cualquiera de sus formas [guerras militares y coloniales, guerras de clase (s), raza (s) y sexo (s)] porque, en gran parte, fue la propia guerra la que los creó. En las diferentes modalidades que adoptan desde finales del siglo XVII, estos dispositivos son la forma privilegiada de expresar la continuación de la guerra por otros medios y de hacer que la guerra aparezca como un analizador de las relaciones de poder.

Esta lógica está en juego en la serie de conferencias dictadas por Foucault en 1976 cuando, en vez de invertir la fórmula de Clausewitz (como se dice con demasiada frecuencia), postula, por el contrario, que fue el mismo Clausewitz quien invirtió “un principio muy anterior... una especie de tesis a la vez difusa y precisa que circulaba desde los siglos XVII y XVIII.”¹⁵. Si esto lleva a Foucault a estudiar la aparición y difusión de un discurso que por primera vez concibe la política como la continuación de la guerra, al hacerlo terminará movilizándolo *contra Marx* algo que Marx había ubicado en el centro de su *Manifiesto Comunista*: a saber, la idea de un antagonismo irreconciliable, es decir, la lucha de clases como una “guerra civil más o menos embozada que se plantea en el seno de la sociedad vigente”, un antagonismo que Marx reintrodujo en la fábrica, en el centro de la Crítica de la economía política, en el capítulo sobre “La jornada laboral”, “entre [formalmente] derechos iguales [en lo que respecta a las dimensiones de la jornada laboral], decide la fuerza [Gewalt]”¹⁶. Si esto confirma que “la Fuerza [Gewalt]... es en sí misma un poder económico” ya que determina la división entre plusvalía y salarios como “variables independientes que se fijan límites recíprocamente”¹⁷ (este es el lugar, por cierto, donde Negri “aprendió a hacer política”¹⁸), y si muestra que con su extensión semántica en alemán que articula “la violencia” y “el poder” con la perpetración de la violencia por parte de una institución (*potestas*) que es invariablemente el Estado, entonces *Gewalt* puede circular de una manera bastante incontrolable entre política y economía. *Gewalt* es sobre todo el elemento de una negatividad dialéctica que expresa, en última instancia, la transformación de la

¹³ K. Marx, *El Capital*, Libro primero, vol. III, cap. XXIV. 6, op. cit., p. 940. Para respetar lo que los autores están marcando en la versión inglesa, hemos sustituido de la traducción al español de *El capital*, “violencia” por “fuerza”.

¹⁴ Michel Foucault, *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, clase del 4 de febrero de 1976, FCE, Bs. As., 2000.

¹⁵ *Ibid.*, clase del 21 de enero de 1976, p. 53.

¹⁶ K. Marx, *El Capital*. Libro primero, El proceso de producción del capital, Vol. 1, cap. VIII, op. cit., p. 282.

¹⁷ K. Marx, F. Engels, *Capital*, Libro tercero, El proceso global de la producción capitalista, tomo III, vol. 7, Sección quinta, cap. XXII, p. 465.

¹⁸ Antonio Negri, ‘Why Marx?’ in *Marx and Foucault*, trans. Ed Emery, Ed. Cambridge Polity, 2013, p. 21. En español: *Marx y Foucault, Ensayos*, Ed. Cactus, Bs. As., 2019.

dominación en revolución, y la aceleración del curso de la historia como historia de la emancipación universal emprendida por la “clase realmente revolucionaria”. El proletariado industrial es en sí mismo el sujeto histórico de la tendencia hacia la socialización de la producción y la constitución de un “obrero colectivo”, una tendencia considerada tan necesaria como un *Naturprozess* [proceso natural] en el libro primero de *El Capital*, capítulo XXIV sobre la “La tendencia histórica de la acumulación capitalista”¹⁹.

Ahora bien, todos estaremos de acuerdo en este punto: no hay guerra natural. Es por eso que solo podemos confirmar (para desviar mejor) esta observación de Balibar: el marxismo no pudo construir un *concepto* de guerra, pero sin duda es un *problema*²⁰, ya que el punto de partida para repensar toda la historia del capitalismo, incluso en sus formas más contemporáneas, es la relación estrecha, constitutiva y ontológica entre la forma más desterritorializada del capital (dinero) y la forma más desterritorializada de la soberanía (guerra). Y es precisamente porque la reversibilidad entre la guerra y la economía está en la base del capitalismo, que las “guerras” (y no la guerra, la cual es siempre la perspectiva del Estado) son el fundamento del orden interno y externo, el principio organizador de la sociedad bajo el capitalismo. Inversamente, las guerras -no solo las guerras de clase, sino también las guerras militares, civiles, sexuales, raciales- se integran de manera tan constitutiva en su análisis que *Das Kapital* debe reescribirse, en base a su última sección, para dar cuenta de la dinámica de esas guerras en su funcionamiento más real. En ninguno de los principales puntos de inflexión del capitalismo, nos encontramos con la “destrucción creativa” de Schumpeter llevada a cabo por la innovación empresarial, sino siempre con la empresa de una multiplicidad mutante de guerras militares y civiles. Con el capitalismo financiero lo que se impone es la contemporaneidad de la “acumulación originaria”, el despojo y la explotación actuando al amparo del “comercio” (*le doux commerce*²¹) con los procesos productivos / destructivos más modernos. La verdadera máquina de guerra del capital es la financiarización, de la cual el capital “industrial” es solo un componente, ahora completamente reestructurado y subordinado a las demandas del llamado capital “ficticio”. Dejar de lado la cuestión política planteada por la hegemonía del capital financiero -en otras palabras, la imposibilidad de distinguir entre acumulación por explotación y acumulación por desposesión (David Harvey)- es equivalente a la incapacidad de reconocer la guerra constitutiva de/en la economía²².

Definitivamente, ya no se trata de una reversión de la fórmula “la política como la continuación de la guerra por otros medios”, sino de un entrelazamiento de la guerra en la política y de la política en la guerra adoptado por los movimientos del capital en sus enfrentamientos permanentes con toda una variedad de luchas. La política ya no es, como

¹⁹ K. Marx, *El Capital*, Libro primero, Vol. 3, cap. XXIV. 7, op. cit., p. 954: “La negación de la producción capitalista se produce por sí misma, con la necesidad de un proceso natural.”

²⁰ Étienne Balibar, *Marxism and War*, *Radical Philosophy*, 160, March/April 2010, p. 9. Disponible en: www.radicalphilosophyarchive.com/article/marxism-and-war

²¹ N. de E.: En francés en el original. El término refiere a un debate desarrollado en el siglo XVIII, bajo el lema del *doux commerce*, al poner de relieve la lógica diferente de la guerra y del comercio y razón por la cual “el espíritu comercial [...] no es compatible con la guerra”. La doctrina del *doux commerce* viene a decir que allí donde se extienden las relaciones comerciales, tienen lugar procesos de refinamiento cultural, de institucionalización jurídica, moralización y pacificación de las relaciones sociales que a su vez repercuten en la seguridad de la libertad personal de cada individuo particular.

²² David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford University Press, 2003, p. 164. En español: *El Nuevo Imperialismo*. Ed. Akal, Madrid, 2003.

en Clausewitz, la política del Estado, sino una política de la economía financiera entrelazada con la multiplicidad de guerras que impulsan y mantienen unida la guerra activa de destrucción con guerras de clase, raza, sexo y guerras de subjetividad, que proporcionan el “ambiente” global a todas las demás. ¿No estamos viviendo en el tiempo de la subjetivación de las guerras civiles?

En la siguiente sección, mostraremos que la irreductibilidad de la guerra social a una lucha de clases que dialécticamente la pacifica es una condición para el análisis del poder político como guerra. Desarrollaremos este movimiento dentro y en contra de Foucault: la gubernamentalidad no sustituye a la guerra. La gubernamentalidad organiza, gobierna y controla la reversibilidad de las guerras y el poder. Una reversibilidad que otorga un nuevo significado [*significance*] a la diferencia de naturaleza que Foucault propone entre las relaciones de poder (relaciones disciplinarias, de seguridad y de gobierno) y los enfrentamientos estratégicos²³.

Para escapar realmente de Hegel...

En el libro primero de *El Capital*, Marx define al capital como una relación social contradictoria. La contradicción implica que el antagonismo está incluido o es inmanente a la relación. Pero también designa el borramiento de la “diferencia” entre los dos términos de la relación -en el trabajo de lo negativo y de la teleología- que, en el marxismo, se deriva de ella.

La clase obrera y el capital se oponen en virtud de su propia relación, su pertenencia a un mundo común que está en disputa dentro de esta relación. La clase obrera y el capital se instalan en el mismo plano y están obligados a asumir una medida común, el trabajo, que constituye la base de su lucha mientras que se disputan por su identidad o no-identidad: trabajo vivo versus trabajo muerto. El principio que opera esta homogeneización antagónica es el de la dialéctica. Por lo tanto, la contradicción esta acechada por la anulación del lenguaje de la alteridad en la negación de la negación que hace surgir la historia como el producto interno de una dinámica -una dinámica contradictoria- que tiende hacia su propia inversión. ¿No es el capital *en sí mismo* una contradicción “*que se destruye a sí misma*”²⁴?

Aquí nos apropiamos, aunque de forma *esquemática*, de una visión que nos pone cara a cara con el pensamiento del 68 en su conjunto, en tanto es en el 68 que el carácter no-dialéctico del conflicto, la naturaleza “*no superada*”²⁵ de sus diferencias, se afirma como el crisol de toda nueva forma/ fuerza histórica. A principios de la década del 70, de hecho, fue la ruptura con la dialéctica la que condujo al surgimiento de lo que ésta había impedido: la cuestión de la guerra y del enfrentamiento estratégico entre adversarios.

Estamos en el año 1971. En un volumen publicado en homenaje a Jean Hyppolite, Michel Foucault recurre a Nietzsche en su primer intento de tematizar la guerra como clave de la

²³ Cf. M. Foucault, *The Subject and Power in Essential Works of Foucault (1954–1984)*, vol. 3, ed. James D. Faubion, Penguin Books, 1982, p. 346. En español, Post-scriptum: El sujeto y el poder, en Hubert L. Dreyfus, Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Nueva Visión, Bs. As., 2001.

²⁴ K. Marx, *Capital*, libro primero, vol. 2, cap. XVII, op. cit., p. 652.

²⁵ N. de T.: Remite al término *Aufheben* o *Aufhebung*. Es una palabra alemana con varios significados aparentemente contradictorios, entre ellos “levantar”, “abolir”, o “sublimar”. El término ha sido definido también como “preservar”, “trascender”, “superar”. En la filosofía, *aufheben* es utilizado por Hegel en sus obras, especialmente en la *Fenomenología del Espíritu* y la *Ciencia de la Lógica*.

relación social. Para hacerlo, define la dominación no como una relación sino, por el contrario, como una “no relación”, una distribución de fuerzas -el dominador y el dominado-, puesta en escena en un “no lugar [*non-lieu*]”²⁶. La “no relación” es una pura distancia, un abismo entre las fuerzas. El hecho de que la dominación sea a la vez una no-relación y un “la obra representada en ese teatro sin lugar” significa que el dominador y el dominado no pertenecen al mismo mundo, al mismo espacio. Es la dialéctica la que reduce la diferencia absoluta y la heterogeneidad de la dominación a un conflicto entre instancias homogéneas. Ahora bien, lo que Foucault más tarde llamará “gubernamentalidad” es precisamente el artefacto por el cual una no-relación, como relación entre adversarios, se reduce a un antagonismo “pacificado” entre gobernante y gobernado, mediante la imposición “de reglas, obligaciones y derechos”. El universo de las reglas permite que el juego de la dominación se reproduzca continuamente: la regla no es la manifestación de un mundo compartido, sino una “*violencia meticulosamente repetida*”²⁷.

Ampliando esta crítica de la dialéctica del capital (una crítica de la concepción dialéctica del capital por el concepto mismo de capitalismo en su abstracción concreta), podemos ver que el capital no es solamente una relación social de explotación, sino también e indisolublemente, una relación estratégica de guerra. El capital actúa en ambos planos a la vez, alternando de uno a otro. Contrariamente a lo que Foucault nos dice, el establecimiento de la gubernamentalidad no elimina la guerra, sino que la continua por otros medios. Cualquier definición de conflicto y del proceso de subjetivación que el mismo implique, debe partir de la articulación estratégica del capital, que se despliega como “relación” y como “no relación”, como gubernamentalidad y como guerra.

La guerra, o la estrategia de enfrentamiento entre adversarios, puede convertirse en una relación de poder entre gobernantes y gobernados debido a mecanismos relativamente estables (dispositivos, reglas, leyes) que permiten a las instituciones dirigir los comportamientos de los gobernados con suficiente certeza y predictibilidad. Pero, como argumenta Foucault en “El sujeto y el poder”, toda relación de poder entre gobernantes y gobernados es susceptible de dar lugar a nuevos enfrentamientos estratégicos y, por lo tanto, de transformar a los gobernados en adversarios, poniendo en marcha una potencial inversión de la situación. Esto es lo que sucedió a fines de la década de 1960 y principios de la década de 1970: la victoria político-militar de los EE.UU. después de la Segunda Guerra Mundial permite establecer nuevas relaciones de poder en el marco de las cuales se desarrollará una nueva generación de conflictos, dando lugar a nuevos enfrentamientos estratégicos: la extraña revolución de 1968. Por lo tanto, debemos distinguir cuidadosamente los conflictos, las libertades y las subjetividades implicados por las relaciones de poder (gubernamentalidad) de aquellas implicadas por los enfrentamientos estratégicos. Los “conflictos”, “subjetividades” y “libertades” no son los mismos en los dos casos. Las relaciones de poder entre gobernantes y gobernados implican “libertad” para ambos términos de la relación. Los vencidos solo pueden transformarse en gobernados si se reconoce en ellos una “libertad”, una posibilidad de “resistencia” (Foucault) o una posibilidad de “fuga” (Deleuze y Guattari) que, en realidad, resulta incorporada al modo de funcionamiento gubernamental. El conflicto, la libertad y la subjetividad en la gubernamentalidad se definen por los límites del “dentro-en contra” [*within-against*]: los gobernados son “libres” ya sea porque disfrutaban de una libertad

²⁶ M. Foucault, *Nietzsche, La Genealogía, La Historia* [1971]. Ed. Pre-Textos, Valencia, 2004, p. 38.

²⁷ *Ibid.*, p. 39.

fabricada, alentada e incitada por aquellos en el poder (la del “trabajo libre”, del “consumidor libre”, del “votante libre”), o porque se ven a sí mismos como “libres” en y para la guerra contra las “libertades” liberales. La primera es una libertad concedida y negociada; la segunda es una libertad ganada con esfuerzo.

El capitalismo del *New Deal* y, a su paso, la Guerra Fría, crearon nuevas libertades (“libertad de trabajo, libertad de consumo, libertad política”) por encima y más allá de las creadas por el liberalismo clásico, con el fin de salir de la guerra económica (que siguió a la crisis de 1929), de la guerra política con el comunismo y de la guerra entre los imperialismos. Con la Guerra Fría como nueva tecnología de control de la economía mundial, estas nuevas libertades se generalizarán (en los países del Norte) gracias a la victoria político-militar sobre la revolución comunista. Esto también explica por qué la mayor parte del planeta permaneció bajo el yugo de las políticas neocoloniales llevadas a cabo por esos mismos países que “crearon nuevas libertades”. La transición a la gubernamentalidad realmente no tuvo lugar en una situación (post)colonial. Los colonizadores y los colonizados siguieron siendo enemigos; nunca participaron en el “mismo mundo”, incluso cuando los “negros soñaban con ser blancos”, como dice Fanon. Son estos “detalles” los que Foucault olvida cuando analiza el (neo)liberalismo²⁸. Y lo mismo ocurre con el operaísmo de Tronti.

Los conflictos propios de la gubernamentalidad y su “libertad” [la de la gubernamentalidad] no bastan para definir la autonomía e independencia de los movimientos políticos. Constituyen condiciones necesarias, pero no suficientes, porque la autonomía y la independencia presuponen una ruptura y una subjetivación, un “corte subjetivo” (*coupure subjective*)²⁹ que permita que los “gobernados” salgan del marco de la gubernamentalidad y de sus “libertades”, las que garantizan el “buen” funcionamiento de la sociedad liberal-capitalista. Salir de la gubernamentalidad significa a la vez producir una “mutación” subjetiva y entrar en la dinámica del enfrentamiento entre adversarios, donde comienza a surgir otro tipo de “libertad”. Una vez que se levanta el mandato de ser “gobernado”, de ser “los gobernados”, lo que surge de esta ruptura es una libertad y una subjetividad que se afirman a sí mismas como “fuera y en contra” [*outside-and-against*] de las libertades capitalistas. La “no relación” ya no se sufre pasivamente, sino que los dominados actúan e insisten en ella. El punto crítico es, como siempre, el paso de las libertades y subjetividades “dentro-contra” de la gubernamentalidad a las libertades “fuera y en contra” del capitalismo, aquellas implicadas en los enfrentamientos estratégicos. En el pasaje entre estos dos conflictos, entre estas dos libertades y estas dos subjetivaciones, lo que está en juego es la ruptura revolucionaria. Es aquí donde la máquina de guerra, y una subjetividad autónoma e independiente, se constituye o no logra constituirse.

Los movimientos de la década de 1960 asumieron por completo la ruptura y la discontinuidad entre estas dos modalidades de conflicto, subjetividad y libertad. 1968 dio la sentencia de muerte a la máquina leninista y, en general, a una forma de entender el sujeto y el activismo anclados en la tradición marxista. Los nuevos movimientos se constituyeron sobre temporalidades completamente diferentes a las del movimiento obrero clásico, involucrando otros procesos de subjetivación y otros modos de

²⁸ Ver M. Foucault, *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, FCE, Bs. As., 2007.

²⁹ N. de E.: el término se encuentra en el texto de Félix Guattari, “La causalidad, la subjetividad y la historia” en *Psicoanálisis y transversalidad*, Siglo XXI, Bs. As., 1976, p. 205.

organización. Y aquí radica la importancia del movimiento feminista, que interroga de manera sin precedentes la cuestión del sujeto, la del tiempo y la de la relación entre los dos, pero sin crear aun las coordenadas de una nueva máquina de guerra.

A principios de los años 70, Carla Lonzi expuso la ruptura con la máquina de guerra leninista y, en términos generales, con la máquina de guerra marxista, de manera muy clara, de forma doble. Por un lado, declaró que el sujeto no está ya dado, ya que es “imprevisto” y, por otro, que la temporalidad del movimiento feminista no es la del futuro, sino la del “presente”. Con su concepto de “sujeto imprevisto” (*soggetto imprevisto*), Lonzi tenía en la mira la clase obrera en tanto subjetivación esperada, conocida y reconocida de antemano. Para el marxismo, en consonancia con Hegel, el proceso revolucionario consiste en el paso del “en sí” al “para sí”, de la inmediatez irreflexiva a la existencia tanto subjetiva (la conciencia) como objetiva (su existencia real en el mundo). En cambio, Lonzi escribe en *Sputiamo su Hegel* (Escupamos sobre Hegel), “No estando atrapados en la dialéctica amo-esclavo, nosotras... introducimos en el mundo al Sujeto Imprevisto”³⁰.

La revolución marxista introduce una discontinuidad con el “poder”, pero mantiene la continuidad del “sujeto” de la revolución. La clase obrera ya expresa una cooperación productiva que es en sí misma “revolucionaria”, pero retenida en tanto que es explotada y limitada por el poder del capital. Una vez liberada de estas limitaciones, podría realizar todas las promesas que alberga. La revolución se aprehende como una realización de las posibilidades que ya están contenidas en la producción, el trabajo y la cooperación. Estas posibilidades son “tendencias” que la aceleración revolucionaria permitirá que se realicen. Pero los movimientos de la década de 1960 tuvieron una experiencia totalmente diferente, en tanto llegaron después de dos guerras mundiales que constituyeron una guerra mundial *total*, cuando esta ilusión de la producción revolucionaria (de la producción como revolucionaria en sí misma), la ilusión de un sujeto “proletario” ya-en-acto, y la de la ciencia y la técnica como fuerzas progresistas, habían sido desmentidas por la identidad de la producción y la destrucción, del trabajo y la guerra, de la ciencia y la muerte nuclear.

La aceleración ya fue y está *pasada* -pasada de moda- a partir de la guerra total, cuya perspectiva adopta el capital, con la “verdadera subsunción” de la sociedad y de sus “fuerzas productivas” al precio de una guerra ilimitada. Tanto es así que la producción, el trabajo y la subjetividad ya no albergan ninguna imagen de futuro, ninguna promesa de emancipación en el espejo de la revolución.

Estos deben sufrir mutaciones radicales. El proceso de realización de las (posibles) tendencias sigue siendo, aún, una realización de la historia sostenida por una teleología más o menos velada.

La realidad del trabajo, de la cooperación y de la producción trazan y anticipan el futuro. Y si la temporalidad de la revolución es la del futuro, es el futuro que es *pasado*.³¹

Si, por el contrario, el sujeto es “imprevisto” (*imprévu*), su construcción se lleva a cabo en base al presente y no al de un tiempo por venir. El futuro sigue siendo una promesa que no puede ser experimentada, mientras que el presente es la temporalidad de la ruptura, el aquí y ahora que abre el proceso de la destrucción activa de los estereotipos de la

³⁰ Carla Lonzi, *Sputiamo su Hegel* (1970) in *Sputiamo su Hegel: La donna clitoridea e la donna vaginale e altri scritti*, Milan: Scritti di Rivolta Femminile, 1974; Edizione Economica, 2013, p. 47. En español: *Escupamos sobre Hegel y otros escritos*. Ed. Tinta Limón, Bs. As., 2017.

³¹ Ver Reinhart Koselleck, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Ed. Paidós, 1979.

subjetivación -para Lonzi, en particular, la subjetividad “femenina”. “*Presente, non futuro*”, se lee en un manifiesto de *Rivolta Femminile*³². El presente es el momento de la emergencia de una sensibilidad desconocida e inesperada que lleva en sí misma el potencial de nuevas formas de existencia imposibles de concebir antes de que surjan efectivamente y que introducen “lo discontinuo en nuestro mismo ser”, como escribe Foucault en “Nietzsche, la genealogía, la historia”³³. No hay teleología, sino solo la realidad de las luchas, de los enfrentamientos y las estrategias que determinan el paso al ser, en una “creatividad procesual”, como dice Guattari³⁴. En cuyo caso, poner “la política antes que el ser”, con Deleuze y Guattari³⁵, significaría poner la estrategia antes que la ontología. Ya que esta ruptura con la historia, con el sujeto, con las promesas (siempre por realizarse) del trabajo, la producción, la ciencia y la tecnología, no prescinde ni de las relaciones de poder ni de la guerra.

Pero después del 68, el “movimiento” -o los movimientos- se mostraron incapaces para hacer frente a la guerra social total que ellos mismos habían ayudado a provocar. Y, a su vez, el capital, frente a la extraña revolución del 68, lanzará en los años setenta una “contrarrevolución” financiera mundial igualmente extraña que adaptará la intensidad de la guerra y de la guerra civil a la fuerza de lo que enfrentaba a escala mundial: un primer movimiento anti-globalización situado bajo el signo del resurgimiento político de las guerras de clase, de raza, de sexo y de subjetividad, que la “clase obrera” ya no podía subordinar a sus “intereses objetivos” ni a sus formas específicas de organización (partidos y sindicatos). Las subjetividades de la extraña revolución del 68 se revelaron incapaces de pensar y organizar máquinas de guerra que pudieran mantener la ruptura tanto con el capitalismo como con el socialismo, y el enfrentamiento con las ofensivas estratégicas y las relaciones de poder que el capital estaba en proceso de reconfigurar bajo la rúbrica del neoliberalismo. La emancipación y la autonomía deben afirmarse políticamente y salvaguardarse contra la iniciativa de un enemigo que actúa siempre en el doble plano de la relación (gobernante/gobernado) y de la no relación (guerra).

En resumen, los movimientos del 68 se encontraron en un impasse del que estamos lejos de haber salido: cuando se enfrentaron directamente con la guerra del capital, adoptaron modos de organización marxista-leninista; y cuando, en cambio, exploraron modos de subjetivación, eludiendo la operación dialéctica de la contradicción, abandonaron la cuestión de la construcción de una nueva máquina de guerra revolucionaria reconfigurada para lo que Nietzsche llamó la historia “efectiva” (*wirkliche Historie*). La misma debilidad se encuentra a nivel teórico.

A diferencia del marxismo, *el pensamiento del 68* fue capaz de asir la nueva relación entre el tiempo y la subjetividad, abordándola en términos de “acontecimiento”. Pero los giros ético-estéticos de la “conversión” subjetiva en Foucault, de la “producción de subjetividad” en Guattari, y de la “emancipación” en Rancière, fueron radicalmente separados de la cuestión de la “revolución política” y de la construcción de una máquina de guerra anticapitalista que, al no tener la guerra como objeto (según la famosa fórmula de Deleuze y Guattari que ejemplifica la conversión del poder de división en poder de

³² Ver Marta Lonzi, Anna Jaquinta, Carla Lonzi (ed.), *È Già Politica*, Scritti di Rivolta Femminile 8, 1977. Ver también el final de *Escupamos sobre Hegel*, con su fuerte resonancia a Benjamin: “No existe la meta, existe el presente. Nosotras somos el pasado oscuro del mundo, nosotras realizaremos el presente”.

³³ M. Foucault, *Nietzsche...*, op. cit., p. 48.

³⁴ Félix Guattari, *Caosmosis*. Ed. Manantial, Bs. As., 1996, p. 25.

³⁵ Gilles Deleuze, F. Guattari, *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Ed. Pre-Textos, Valencia, 2004, p. 207: “antes que el ser, está la política”.

conexión), será incapaz de repensar y comprometerse con la cuestión de los enfrentamientos estratégicos. Sin la guerra contra el capital y un nuevo pensamiento sobre el antagonismo, la relación con el yo, la producción de subjetividad y la emancipación se vuelven “recuperables” por la industria capitalista de la “auto-transformación”, que asegura un suministro inmediato de “capital humano”.

En el quincuagésimo aniversario del 68, seguimos en el mismo impasse. La mutación subjetiva y la revolución política, la relación con el yo, la producción de subjetividad y la auto-transformación, por un lado, y el enfrentamiento estratégico, por otro, deben mantenerse unidos en una relación de fuerzas que luego pueda invertirse.

El acontecimiento como “*una relación de fuerzas que se invierte*”, esa fue la definición posmarxista de “acontecimiento” propuesta por Foucault en 1971³⁶.

Como también estamos celebrando el aniversario ciento cincuenta de la publicación del libro primero de *El Capital* y su “coqueteo con Hegel” (como decía Marx), concluyamos recordando el “diagnóstico” de Foucault, en su conferencia inaugural en el Collège de France, bajo la sombra tutelar de Hyppolite: “*escapar realmente a Hegel supone apreciar exactamente lo que cuesta separarse de él*”.³⁷ Esto es algo que, por nuestra parte, hemos intentado pensar y problematizar en *Guerras* [siguiendo a Foucault] y *capital* [siguiendo a Marx y al marxismo de Deleuze y Guattari que ellos nunca abandonaron]³⁸.

³⁶ M. Foucault, *Nietzsche...*, op. cit., p. 88.

³⁷ M. Foucault, *El Orden del Discurso*. Ed. Tusquets, Bs. As., 1992, p. 45.

³⁸ É. Alliez, y M. Lazzarato, *Guerres et capital*, Éditions Amsterdam, Paris, 2016. Cf. la traducción del capítulo “Clausewitz y el pensamiento del 68” de ese libro en revista *ñácate* n° 6, Montevideo, 2020, pp. 131-154.